

Capítulo 2

Éxodo de un apasionado por el flamenco

*La afición que yo tengo hoy
a mi padre se la debo
desde que yo era un chiquillo
por él cantaba muy bien
soleá, siguiirya y fandanguillo
(Ildefonso Cabrera)*

2.1. UN PRIMER TOQUE POR SUELO FRANCÉS

Dichosa mili

Las circunstancias que se dieron alrededor de mi mili fueron las que, lejos de rozar el patriotismo militar, me obligaron a presentarme como voluntario en el campo de aviación de Tablada⁸. Por mi quinta me hubiese tocado hacer la mili en África, así que por

8. En 1915-16 se realizaron en la dehesa de Tablada las obras necesarias para establecer un aeródromo militar. En 1917, la primera dotación de Tablada fue una escuadrilla de biplanos Flecha y tras servir como escuela elemental en 1920, Tablada se convirtió en Segunda Base Aérea por mediación del General Echagüe, realizándose obras en una escala impresionante para la época, y siendo inaugurado por el Rey en abril de 1923. Los talleres de Tablada (más tarde Parque y hoy Maestranza) tuvieron gran importancia durante la pacificación de Marruecos por el apoyo que prestaron a los grupos de Breguet 14 de Tetuán y Larache. Al terminar la Guerra Civil, el aeródromo de Tablada fue centro de la Región Aérea del Estrecho y también del Mando Aéreo Táctico.

temor a lo desconocido y a lo lejano del continente africano, me alisté voluntario, aunque sin ningún tipo de fervor castrense, el mismo año en que me tocaba por reemplazo. Elegí el cuerpo del aire porque el campo de aviación de Tablada estaba en Sevilla y era lo más cercano que quedaba de La Puebla, además de que me habían informado que las pruebas de acceso a ese cuerpo eran relativamente asequibles y que tenía bastantes posibilidades de pasarlas. Esta oportunidad de hacer la mili cerca de mi pueblo me obligó a que unos meses antes de realizar las pruebas tuviera que dedicar un cierto tiempo a preparármelas, así que no tuve más remedio que acudir todas las noches después de trabajar a la escuela que Don José Bonilla había instalado en mi misma calle, al lado de mi casa, y dedicarme más que a otra cosa, a aprender a leer y a escribir bien, porque prácticamente con lo que sabía no hubiese podido superar los exámenes por muy fáciles que fuesen. También, porque lo que sí tenía muy claro era que no quería que me llevasen a África. Muchas noticias de lo que allí pasaba no teníamos, pero las suficientes como



Ildefonso Cabrera haciendo la mili en Tablada, Sevilla 1960

para saber que las cosas en suelo africano estaban muy revueltas y yo, precisamente allí, no tenía muchas cosas que hacer.

Del tiempo de mili qué voy a decir que no sepa todo aquel que la ha hecho y más en un tiempo como el que me tocó a mí ¡a principios de los sesenta! Pues que fue muy largo, que no me gustó nada y, encima, con muy poco dinero, lo que se traduce en que casi no se podía hacer nada con las 15 pesetas que cobrabas como salario de soldado y con la sensación de secuestrado que tenías, por servir a una causa franquista que precisamente no se había portado nada bien o, mejor dicho, muy malamente con los míos. Con todo, debo decir que mi mili, a pesar de que firmé para 18 meses, duró prácticamente un año, pero ese año se me hizo interminable. La ventaja que tuve con todo lo que representaba estar fuera de casa fue que casi cada mes tenía permiso para ir a La Puebla, cosa que a su vez suponía un gasto añadido para mi familia porque yo ya no ingresaba un salario y mi padre tenía que pagarme los billetes y a veces también darme algún dinerillo para que pasara el mes en el cuartel.

Si digo que no fue una experiencia importante para mí mentiría, porque acostumbrado como estaba a vivir primero en el campo y después en un pueblo, Sevilla se presentaba como una ciudad rebotante de actividades, de

noticias, de gentes diferentes, en fin, un mundo nuevo que se abría ante mí y que quería descubrir, pero que no sabía cómo. Me eché dos buenos amigos, también soldados, uno de Triana y el otro de Camas, los cuales, cuando nos dejaban salir, me paseaban por todos los rincones de la ciudad. Pero, como casi siempre ocurre, los conocí en el cuartel y cuando salí de él nunca más volví a verlos.

Cuando me licenciaron el 1 de septiembre de 1961 y volví a La Puebla, lo del trabajo allí estaba bastante crudo, por lo que despuntaba como alternativa la de salir fuera del pueblo para aquellos que ya hubiesen cumplido con sus compromisos militares como era mi caso.

De la aceituna al arroz, del arroz a la aceituna

Desde que abandonamos la vida en el campo y nos instalamos en La Puebla, tanto mi familia como yo acostumbábamos a hacer dos temporadas de trabajo al año. Una de ellas coincidía con la recogida de la aceituna y comenzaba a principios de noviembre para acabar en la primera quincena de enero. Casi siempre acudíamos como jornaleros de la aceituna a un cortijo llamado Coria, que pertenecía a una de las familias más ricas del

pueblo, los Benjumea. Sus miembros nunca estaban en La Puebla a pesar de que tenían una de las mejores casas. Vivían fuera, en Sevilla o en Madrid, qué sé yo, sólo encontrabas en la casa a los criados que se encargaban de mantenerla abierta y que se cuidaban del jardín para cuando los señoritos aparecían en contadas ocasiones. Allí, en el cortijo, la recogida de la aceituna se hacía a mano y teniendo en cuenta la época del año, pleno invierno, el frío que arreciaba por las mañanas era desolador, consecuencia, muchas veces, de las heladas nocturnas. De ese modo, se creaba una temperatura que ya al alba te entumecía todas las partes del cuerpo. No valían los guantes: había que ir con las manos al descubierto porque si no era así se entorpecía mucho la recogida y de lo que se trataba era de que rindiéramos al máximo y en el mínimo tiempo posible. Nosotros no estábamos hechos a este ritmo de trabajo a destajo y no porque en el cortijo del *Madroñal* no trabajáramos de lo lindo, sino porque estas faenas a contrarreloj las hacían otros jornaleros que venían precisamente para ello y nosotros, los hijos del *Madroñal*, nos encargábamos de transportar las aceitunas en los carros desde los olivares al cortijo para que desde allí se llevaran a los molinos y se extrajera el aceite.

En La Puebla, este tipo de trabajo también fue nuevo para nosotros pero no tuvimos más remedio que adaptarnos y apechugar. El primer cortijo en que estuvimos la familia al completo como aceituneros fue uno llamado *Tenteo*, que tenía los olivos en unas viñas muy cerca del pueblo, pero nos habían dejado una casa tan pequeña e incómoda para dormir e instalarnos durante la temporada contratada, que al finalizar ésta

ya no volvimos más a trabajar allí y nos ofrecimos para trabajar en otro cortijo llamado *Bilbao* que estaba a dos kilómetros de La Puebla: lo preferíamos, aunque tuviésemos que ir cada noche a dormir a nuestra casa.

En el cortijo que estuvimos más veces y durante más tiempo fue en el de Coria. Allí nosotros componíamos un *banco* formado por cuatro personas. *Banco* se llama a una escalera doble que se usa para alcanzar las aceitunas de los olivos: dos de nosotros nos subíamos en el banco y vareábamos las aceitunas en los árboles y éstas iban cayendo en una especie de tela que el *banco* llevaba debajo. Las otras dos personas iban detrás, recogiendo con las manos las que quedaban en el suelo bajo los olivos, las caídas alrededor de los troncos. Cuando se llenaba una cesta que pesaba unos 25 Kg. aproximadamente, la llevábamos al pesador y por cada 50 Kg. recogidos que equivalía a una fanega, te pagaban un tanto, que ahora no puedo recordar cuánto era. El ritmo acelerado asociado a este tipo de trabajo venía dado porque no contratabas un salario fijo por días o por semanas trabajadas, sino que en función del número de kilos de la recolección, ganabas más o menos, aunque por mucho que nos esforzásemos en ir todo lo deprisa que pudiésemos, nunca llegábamos a sumar entre todo lo que ganaba la familia, más que un reducido salario que a duras penas nos daba para alimentarnos. Sólo cuando llovía se interrumpía este ritmo veloz y entonces teníamos el día libre, pero se anteponía la sensación de que no ganábamos lo previsto para ese día y que resultaba imprescindible para seguir tirando. Esos días y después de esperar durante la mañana si amainaba el agua, si seguía lloviendo volvíamos por la tarde a La Puebla para pasar la noche en nuestra casa y por

la mañana bien tempranito volvíamos al cortijo por si el capataz consideraba que hacía buen tiempo y se podía salir de nuevo al campo a recoger aceitunas.

La caseta o barracón —que indistintamente así se llamaba en el cortijo de *Coria*— estaba bien preparada para albergar a los aceituneros; no tenía nada que ver con la del *Tenteo*, que parecía más un establo para animales que un lugar para el descanso de las personas. La de *Coria* tenía forma de avión y así la llamábamos nosotros. La cabina del piloto era donde estaba la cocina central, allí había un gran fuego con una enorme chimenea y era donde las familias cocinaban; en el ala derecha era donde estaban todas las mujeres solteras y sin hijos. En lo que era el cuerpo del avión paraban todos los matrimonios o viudas con hijos pequeños, y en el ala izquierda era donde estábamos los hombres solteros. Toda la nave estaba llena de literas, tanto la parte de las solteras como la de los solteros, excepto en el cuerpo del avión que estaba compartimentado en habitaciones cerradas para los matrimonios. Y en esos cuartos era donde comían las familias que como tales tenían a todos sus miembros trabajando allí. En el tiempo de recolección nos reuníamos en el avión, durante los tres meses de trabajo, más de cien personas. La verdad era que normalmente había buen ambiente y la gente convivía con tranquilidad y sin conflictos.

En enero, cuando terminábamos la recogida, llegaba el tiempo de la incertidumbre, del agobio y de la angustia, porque no sabíamos si nos iba a salir o no alguna peonada, que como mucho podía suponer un día de trabajo. Pero era lo que había y siempre para trabajar en las faenas del campo, aunque estas *peonás* estaban ligeramente mejor pagadas en com-

paración con lo que suponía un día de trabajo en un cortijo con contrato por temporada. Digo contrato, aunque no había nunca nada escrito, ningún papel de compromiso. Siempre, el acuerdo de trabajo con el manijero era verbal, posición que en la mayoría de las veces dejaba al jornalero en total desamparo frente a los abusos que acostumbraban a cometer tanto los señoritos propietarios como sus capataces, de manera que lo que pudiera ocurrirte estaba bastante en función de la buena o mala condición que tuviese el capataz, que era, en definitiva, con el que habías acordado el tiempo, el salario y las condiciones de trabajo. Tengo el ligero recuerdo que se acostumbraba a pagar, a principio de los años sesenta, unas 36 pesetas al día, con un horario de sol a sol, y si tenías la suerte de trabajar todos los días de la semana se podían alcanzar las 252 pesetas, incluidos sábados y domingos.

Finalizada la primera temporada de recogida de la aceituna y del tiempo de espera entre peonada y peonada, si nos beneficiaba la suerte y alcanzábamos algunas, iniciábamos la segunda temporada ya en la isla del arroz, en la que permanecíamos desde primeros de mayo hasta el mes de septiembre. En la isla del arroz nos esforzábamos en los trabajos propios y en las faenas específicas de las marismas, como era plantar el arroz mata por mata, quitar las malas hierbas y esperar a finales de agosto para hacer la recogida. Si recogiendo aceitunas íbamos a un ritmo arrollador que imponía no parar ni prácticamente para comer, en la isla del arroz las condiciones de trabajo eran inhumanas, con lo que ganarte la vida allí llevaba aparejado muchísimas calamidades. No se podía vivir, sobre todo por las noches, de la cantidad inimaginable de mosquitos que había. Antes de acostar-

nos teníamos que hacer una hoguera dentro de la casilla en la que dormíamos para llenarla de humo y así espantar a las innumerables brigadas de mosquitos dispuestos a taladrarnos sin piedad. La noche que no había hoguera no había forma humana de dormir y amanecías con la sensación de que no te quedaba gota de sangre en el cuerpo, ni trozo de piel en la no hubiesen picado hasta la saciedad. Eso por las noches. Durante el día estabas metido hasta las pantorrillas en el agua donde, además de la humedad que te alcanzaba hasta los sesos, tenías que sortear alguna que otra culebra que nadaba entre nuestras piernas y que aunque no fuese venenosa te daba un susto de muerte.

Aquí también, casi todos los tipos de trabajo eran a destajo y estaban mejor pagados que ir a jornal, con el que te sacabas menos dinero, pero aún así ganabas el doble que en el pueblo. Si trabajabas a destajo venías a ganar sobre unas 130 pesetas al día, que en aquellos años era muchísimo dinero: era un buen jornal, y por eso todos aguantábamos en la isla como podíamos. En el mes de mayo cultivábamos y plantábamos el arroz, que consistía en ir todo el día andando para atrás y agachado, desde la seis de la mañana hasta la puesta de sol, con lo que con la llegada de la noche el dolor de riñones que tenías era inaguantable. Cuando llegabas a la casilla no tenías ganas ni de mirarte la cara, ni mucho menos de mirar la de los demás. Este tipo de trabajo se prolongaba entre 40 ó 50 días, que eran los que duraba la planta y si no dabas la talla ya no ibas más, de manera que nadie podía hacerse el remolón porque si se notaba el más mínimo escaqueo te descartaban de la baraja de candidatos y nadie te llamaba para que formaras parte de una cuadrilla de trabajo.

Las cuadrillas estaban formadas casi siempre por diez hombres. En la isla del arroz pasaba como en otros sitios en los que los trabajos son temporales, que cada año trabajabas en una zona distinta: por ello ibas buscando el sitio que más te convenía. Nosotros estuvimos en varias zonas diferentes, en el Puntal, en la Segunda, cerca del pueblo de Los Palacios, y también en el Coto. Ahí nos ganábamos la vida muchas familias porque había muchas zonas, muchas parcelas, y en cada una de ellas trabajaban 5 ó 6 familias. Nos conocíamos todos de repetir cada año y de coincidir en los bares, en el economato que existía para abastecernos, y sobre todo en los campos *encharcados* donde pasábamos todo el día. Trabajaba toda la familia: padres, hijos, hombres, mujeres, niños... y cuando cumplías los 10 años, no antes, ganabas el sueldo de una mujer. Yo, en esa época era muy joven y a pesar de las condiciones aguantaba y podía con todo, pero veía a hombres y mujeres muy mayores realizando el mismo trabajo y me daba una pena enorme, porque se les veía intentar hacer el mismo esfuerzo y no podían.

También hubo algunos ratos buenos intercalados entre tanta desazón, como eran aquellos en los que podía acercarme en bicicleta a Los Palacios, que estaba a 10 kilómetros, y al que se llegaba bastante rapidito porque el camino era todo llano. Además, al ganarse más dinero que en La Puebla, cuando ibas a Los Palacios podías darte algún que otro capricho, como por ejemplo ir al cine —que me gustaba con locura— o comprarte alguna tontería y tomarte algunas copas en el bar El Desembarco.

Una vez hecha la siega y pasados los cuatro o cinco meses de trabajo en la isla del arroz, volvíamos de nuevo a casa a esperar por

si teníamos un golpe de suerte con alguna peonada antes del mes de noviembre, que era cuando nos íbamos de nuevo al cortijo Coria como aceituneros. Con esta rotación laboral estuvimos unos cuantos años haciendo las dos temporadas de trabajo: la de invierno con la recogida de aceitunas y la de verano con el cultivo del arroz. Esa alternancia entre la aceituna y el arroz, se convirtió en mi ciclo y en mi experiencia laboral durante los años de mi juventud.

Entre aceitunas y arroces llegó la vendimia

Pese a la precariedad de la situación expuesta, las cosas todavía se pusieron peor en La Puebla, hasta llegar al extremo de que para trabajar y poder alimentarse mucha gente optó por marcharse de España y buscar trabajo en Francia, Alemana, Bélgica y otros países europeos. Yo decidí irme a trabajar a Francia en mayo del 63, a un pueblecito muy bonito pero que ya no me acuerdo ni como se llama. Estaba situado en plena Camargue, en la marisma francesa, comarca hoy conocida mundialmente por sus salinas y por la producción y elaboración de un tipo de sal muy codiciada y también muy cara: *La Flor de la Camargue*⁹.

9. La Camargue es una región natural del Sur de Francia. Está situada al oeste de Provenza, justo al sur de Arlés. El territorio, formado por arenas y grava, está salpicado de lagunas. Actualmente es un terreno fértil, gracias a la construcción de diques e instalaciones de regadío: principalmente para el cultivo de frutales y de arroz. Arlés es la capital europea del arroz, se sitúa a las puertas de la Camargue. En el Sudoeste de la zona de Camargue, cerca de Salin de Giraud y el Gran Ródano, están las salinas de Salin de Giraud. Esta

En La Puebla cada año salían cuadrillas de trabajadores hacia Francia, así que gracias a un amigo del pueblo que ya había estado allí otras veces y que me ofreció la oportunidad de unirme a ellos, me decidí y me apunté en una de las que salía aquel año de 1963. Yo no pensaba que fuera tan complicado irse a trabajar al extranjero, que te exigieran tanto papeleo. Lo primero fue sacarme el pasaporte que aunque parezca ahora sencillo, en aquellos tiempos no lo era tanto, ya que tenías que estar muy *limpio*, es decir, sin antecedentes penales. Tuve que solicitar mi certificado de buen ciudadano, porque si tenías alguna mancha, como decían las autoridades del pueblo, pues te quedabas sin él y adiós al trabajo en suelo francés. Así que cuando llegó mi certificado de penales de Madrid tuve que ir a Sevilla para que me hiciesen el reconocimiento

zona, en tiempos pasados, estaba llena de dunas formadas naturalmente por los vientos reinantes en la zona. Actualmente siguen existiendo las dunas pero esculpidas por la mano del hombre, ya que en el siglo XIX se construyó un dique de 20 kilómetros para mantener y contener el delta y evitar inundaciones. Después de la Segunda Guerra Mundial, la zona norte de la Camargue fue secada, desalada e irrigada con agua dulce. Comenzó a plantarse arroz y han sido tan exitosas las cosechas que en 1960 cubría las necesidades de los $\frac{3}{4}$ partes de la demanda francesa. En estas zonas pueden observarse una larga línea de montañas de sal que se están secando al sol de la Provenza y un damero que forman las eras de producción. La sal de Camargue se producía en tiempos de los griegos y romanos y continuó en la Edad Media. La sal producida en la antigüedad era transportada a los lugares de consumo por la Ruta de la Sal. La flor de sal, llamada de esta manera por el tenue aroma a violeta que presenta, hay que cosecharla con sumo cuidado, ya que cualquier alteración o movimiento en la superficie de la salina hace que estos finos copos se precipiten al fondo. Por cada 40 kilos de sal precipitada en el fondo se consiguen 1,5 kilos de flor de sal en la superficie. Esta sal es cosechada a mano.

médico que era otro de los requisitos imprescindibles. Se decía en el pueblo que este reconocimiento era muy puntilloso y que si no estabas sano como una pera no lo pasabas, con lo que me marché a Sevilla con cierta preocupación porque la verdad era que nosotros no éramos mucho de médicos. Sabíamos que estábamos sanos porque no nos dolía nada pero de ahí a que certificaran que tu cuerpo estaba en perfectas condiciones iba un trecho. Bueno, en mi caso certificaron que todo lo tenía en regla, pero ahí no acabó todo, porque cuando me entregaron el certificado también me dijeron el día y la hora en el que tenía que estar en Valencia para que me hicieran otro reconocimiento médico. Un segundo reconocimiento, para tener la certeza de que no fuésemos a contagiar a los franceses. Reconocimiento que aunque presentaba las mismas características que el de Sevilla en cuanto a la comprobación de nuestro estado de salud, tenía la particularidad de que si en éste te detectaban alguna cosa que enturbiara ese perfil de joven varón sano, te mandaban para tu casa y entonces te tenías que pagar de tu bolsillo el viaje de vuelta, porque la empresa que contrataba no se hacía cargo del transporte de vuelta para los malsanos, como decíamos nosotros.

Valencia era la ciudad en la que se concentraban todas las cuadrillas de españoles que iban a trabajar hacia La Camargue. La mayoría éramos extremeños y andaluces, aunque algunas cuadrillas venían también de La Mancha. Nosotros ya salimos de La Puebla con el contrato firmado y sabiendo lo que íbamos a ganar por la temporada acordada. Mi sorpresa fue enorme cuando me dieron el contrato y advertí que me iban a pagar 400 pesetas diarias, cuando en el pueblo a duras

penas llegábamos a las 40. Después salí de mi asombro cuando comprobé el nivel de vida de Francia. En comparación con el gasto que se tenía en España, allí todo resultaba carísimo, cualquier cosa tenía unos precios escandalosos, al menos para nosotros, acostumbrados a comprar lo imprescindible y absolutamente necesario. La cuadrilla en la que estuve lo llevaba todo preparado desde España e incluía también a un cocinero cuyo salario pagaba la empresa francesa, un tal Miguel, lo que significaba que no teníamos que hacernos la comida. Como entonces yo comía poco porque andaba fastidiado del estómago, este Miguel se portó muy bien conmigo, me cuidó como si se tratase de su propio hijo y eso siempre se lo agradecí.

El contrato lo firmamos para tres meses que era lo que duraba la plantación del arroz y los otros trabajos que se realizaban antes de la cosecha. Los españoles que trabajábamos allí no nos quedábamos para la cosecha porque ya en aquellos años en Francia tenían máquinas cosechadoras y no necesitaban mano de obra para hacer la recolección. Así que cuando se terminaba el contrato de trabajo, tenías que abandonar Francia y volver para España; no te podías quedar para buscar alguna que otra cosa porque los gendarmes te venían a buscar y te ponían de patitas en la frontera. Te vigilaban muchísimo y se aseguraban de que no cogieras nada que no fuera tuyo, ni tan siquiera una manzana de un árbol. Además, estaban en contacto directo con la policía y ante cualquier problemilla no dudaban en llamarla para que interviniera. En una ocasión, algunos de mis compañeros de cuadrilla y yo cogimos en el campo una liebre para comérmola con arroz, y algún malaje se sopló a la policía y ésta se presentó en la casa en la que parábamos y

registraron y saquearon todo, pero la suerte nuestra fue que no la encontraron porque la teníamos escondida fuera de la casa. El encargado de la finca que estaba al corriente de nuestra hazaña nos advirtió de que si en el registro la policía hubiese encontrado la liebre, acto seguido nos hubiesen enviado para España, porque las liebres eran animales protegidos en Francia y se nos hubiese acusado de matar a un animal protegido. Al final, después del susto, no guisamos la liebre con arroz por el miedo que nos entró, y la enterramos en un sitio lejos de donde vivíamos, animal protegido...

La faena que tuve en el pueblo francés fue la que tantas veces había hecho en la isla del arroz. Llegamos a Francia a primeros de mayo y estuvimos hasta finales de julio porque solamente nos contrataron para la siembra. De mi pueblo fuimos 22 trabajadores, casi todos jóvenes, y para muchos de nosotros era la primera vez que salíamos al extranjero. Echábamos en falta las cosas más elementales relacionadas con el calor de la familia, porque se encontraba muy lejos y nos asustaba el hecho de estar en un país tan distinto al nuestro, con unas costumbres y unas formas de hacer las cosas que quedaban lejos de las que nosotros conocíamos en La Puebla o, si me apuras, en el conjunto de España. Eso sí, la idea que teníamos es que íbamos a trabajar y no a divertirnos, por lo que debíamos ahorrar todo lo posible y traer el máximo de dinero para casa, porque en definitiva, a eso íbamos.

Fue para mí toda una novedad, una novedad bastante dura porque no entendíamos ni papa de francés: allí no había manera humana de entenderse con nadie, aunque con el tiempo y la distancia debo confesar que, a pesar de todo, no lo pasé tan mal. Por las tar-

des, después de trabajar y cuando hacía buen tiempo, nos íbamos al pueblo a pasear y nos sentábamos en una terraza a tomar una caña de cerveza. Recuerdo que no pedíamos más de una por cabeza porque en Francia la cerveza era muy cara, era un artículo de lujo y no podías darte el gusto de tomarte más de una. Creo recordar que una caña o un botellín te costaban 15 pesetas al cambio, cuando en La Puebla te costaba 2,5 pesetas, y para nosotros ese precio resultaba carísimo. Ahora bien, si lo relacionabas con el sueldo de 400 pesetas que ganabas al día y lo comparabas con las 40 que ganabas en el pueblo, las 15 pesetas que costaba la cerveza resultaba, en Francia, más barata que en España. Pero aún así, a nosotros pagar 15 pesetas por una cerveza nos parecía una barbaridad.

Hoy me doy cuenta de que fue toda una experiencia sin precedentes para mí, porque en aquellos años Francia y los franceses estaban muy adelantados con respecto a nosotros, a los españoles. Tenían varias cadenas de televisión con programaciones muy diversas y en mi pueblo sólo se recibía una y desde hacía muy poco tiempo. No se trabajaba los domingos, algo para mi inimaginable, acostumbrado al trabajo de sol a sol y durante los siete días de la semana. Como era natural, ninguno del grupo de los españoles teníamos coche, con lo que hasta que no entablamos amistad con un francés que trabajaba con nosotros y que tenía coche, con François, no nos despegamos durante las primeras semanas prácticamente del lugar en el que trabajábamos. Con François la cosa cambió y empezamos a salir los domingos. Uno de ellos fuimos a ver una corrida de rejoneadores en Santa María de la Mar, pero casi siempre cada domingo nos íbamos a la playa. Para mí la playa era algo espe-

cial, tal vez porque la primera vez que yo vi el mar fue cuando salimos de Valencia camino de Francia. Lo vi desde el tren, y no sólo era yo el que no había visto nunca el mar sino la mayoría de la cuadrilla que nos juntamos para aquella aventura francesa. La Puebla se encuentra en el centro de la campiña sevillana y el mar, y sobre todo en aquella época, se encontraba muy lejos, digo muy lejos porque la costa malagueña que era lo que teníamos más cerca estaba a más de 200 kilómetros y los transportes no funcionaban como hoy: coche particular no tenía casi nadie.

Yo conocía el mar por las películas de piratas pero de verdad, de verdad, no lo había visto nunca. Por ello, desde el tren camino hacia Francia, me sobrecogió ver que el mar era tan grande y que tenía tanta agua, pero hasta que no fuimos al pueblo de Santa María de la Mar no me metí por primera vez en el agua. A mis amigos del pueblo y a mí nos gustaba mucho ir a la playa y bañarnos: punto y aparte era que en la playa las muchachas estaban en bikini y eso resultaba para nosotros terriblemente tentador, ya que en La Puebla no se sabía ni tan siquiera que existieran prendas para bañarse, no ya el bikini, sino ni tan siquiera el bañador porque en el pueblo tampoco había piscinas. Solo estaba el río y las mujeres no se bañaban nunca. Creo que por eso le decíamos siempre a François que queríamos ir a la playa.

En Francia playa y exiliados

Hubo dos experiencias vividas que para mí fueron muy significativas. Experiencias en Francia tuve muchas, pero que me dejaran poso creo que básicamente fueron dos. La pri-

mera está relacionada con el mundo del destape, con la supresión de la mojigatería puritana que ve en el desnudo un pecado, pero que yo por aquel entonces no lo tenía superado. En Francia existía ya en aquella época apertura y cierta libertad en este sentido. Como algo muy novedoso para nosotros que acabábamos de salir del pueblo, decidimos ir cuatro de los compañeros de la cuadrilla a una playa nudista. Recuerdo que esta salida nos supuso desembolsar una cantidad de 1.000 francos viejos y que al cambio nos supuso unas 100 pesetas por cabeza por el simple hecho de entrar en una playa de gente que va en cueros. Pero el problema de verdad no se presentó hasta cuando hubo que salir desnudos de los vestuarios, porque nos quedamos totalmente parados mirándonos los cuatro, unos a otros, sin atrevernos a salir del vestuario ¡nos moríamos de vergüenza! Aquella playa no sólo era de hombres y mujeres, sino también de familias completas. El conductor, François, que se había comprometido durante nuestra estancia en Francia a pasearnos los días que teníamos fiesta para que conociéramos las maravillas que decía encerraba aquella región, no podía creerse que con más de 20 años que teníamos nos diese tanto pudor quedarnos desnudos delante de los demás. Lo que estaba claro era que él conocía muy poco de cómo estaba la situación en España en los años sesenta y sobre todo en estos asuntos, en los que los curas nos habían inculcado, y hasta habían conseguido convencer-nos, de que se trataba de prácticas sucias y poco decentes de las que debíamos avergonzarnos. Aun así, nos armamos de valor y salimos los cuatro en pelotas de la caseta camino directito del agua. Esa fue mi primera experiencia hippy, por decirlo de alguna manera.

La segunda experiencia fue conocer a un pastor que era de Coria del Río y que llevaba bastante tiempo en Francia. No recuerdo bien si era un refugiado político o llevaba mucho tiempo trabajando como pastor: lo conocimos por casualidad. Rondaría por entonces los 60 años de edad. Un domingo paseando por los alrededores de donde nos alojábamos, que era una finca que estaba como a dos kilómetros del pueblo, oímos un cante de *Fosforito* por fandangos. Fue tal la emoción que nos entró al escuchar aquel cante y en aquel lugar, tan alejado de los círculos donde estábamos acostumbrados a oír flamenco y en el que no nos entendíamos con nadie por culpa del idioma, que rápidamente buscamos de dónde venía el cante y dimos con un hombre, Manuel, que se alegró enormemente cuando supo que éramos españoles. Manuel tenía una buena colección de discos y un buen tocadiscos, porque a pesar de que fuese pastor y vivía en el campo, tenía luz eléctrica. Lo de la luz eléctrica fue una de las cosas que más nos impactó, porque nos costaba mucho comprender que un hombre en pleno campo viviera con las comodidades que tenía, ya que una situación así en Andalucía no se podía ni soñar siquiera. Manuel cada vez que venía a España, y lo hacía de vez en cuando, se llevaba todo lo que había salido nuevo, en discos claro. Así, tenía a Mairena, Fosforito, el Chaqueta, Beni de Cádiz, y muchos más que pudimos oír en su casa durante las visitas que le hicimos. A su casa, claro, acudíamos los que nos gustaba el flamenco, que no éramos todos ni mucho menos. De la cuadrilla de La Puebla en Francia sólo íbamos a casa de Manuel los que vivían en la calle Castelar, que eran de una familia de La Puebla muy aficionada al flamenco, los *Paubli-llo*, y yo. Entablamos buena amistad con él y

de verdad que nos emocionaban esos encuentros bañados de una añoranza casi incipiente para nosotros, que llevábamos cuatro días y que íbamos a estar cuatro más, pero entendíamos el apego que todavía tenía Manuel por su tierra, nostalgia que poníamos en común por el afecto que compartíamos. Cuando hablábamos de España, Manuel, nos decía que notaba su ausencia, que hacía lo posible por recordarla y revivir las cosas que hacía en su pueblo cuando era un *chavea*. A pesar de los años y de los sufrimientos, la España que él vivió no se borró nunca de su memoria.

Junto con Manuel también conocimos a muchos refugiados políticos, a muchos que habían defendido a la República contra las tropas franquistas y que llevaban en Francia más de 25 años. Siempre nos preguntaban lo mismo: ¿cómo está España? No ocultaban su desconsuelo sino que más bien se regodeaban en esa tristeza que produce el pasado cuando está salpicado de recuerdos gratos y vinculados a los tuyos y a tu lugar de nacimiento. Muchos de ellos no podían volver por sus antecedentes republicanos, porque tenían claro que el régimen de Franco no quería a los republicanos en España, y por su rechazo manifiesto a esa España de derechas que se había sublevado contra la República, pero otros, pudiendo volver porque sus compromisos políticos ya habían desaparecido, no lo hicieron porque tenían noticias de las penurias que la gente pasaba en España. En Francia, tenían la vida más o menos resuelta, y también tenían a sus familias, ya que muchos de ellos se habían casado con mujeres o con hombres franceses.

Recuerdo que los domingos por las mañanas se presentaban en la casa donde parábamos las cuadrillas, algunos dirigentes

exiliados para darnos charlas sobre política. Bueno, que nos hablaban de asuntos sobre los que nosotros nos quedábamos con la boca abierta, porque en España estaban tan prohibidos que ni tan siquiera se podía pensar en ellos. Allí, claro, los partidos políticos eran legales y la gente podía hablar de lo que quisiese. Estos dirigentes eran casi todos muy jóvenes y además muchos de ellos eran asturianos. Nos explicaban cosas de España que nosotros no sabíamos: el que quería se quedaba a la charla y el que no, se marchaba, y nunca se le armó ninguna bronca al que no quisiese quedarse. También solían venir a veces unos curas, pero éstos nos hablaban de religión, y el problema se daba cuando coincidían unos y otros y aunque no se terminó nunca en pelea, ese día nos quedábamos sin la charla política y sin la religiosa también.

Y también detención y vergüenza

En uno de los paseos que hacíamos los domingos después de las charlas, un hombre se acercó a nosotros al percatarse de que éramos españoles para saludarnos y charlar un rato con el grupo. Nos contó que había nacido en un pueblo de Sevilla llamado Pruna y que allí lo conocían con el apodo de *El Abanderado*. El hombre se sintió tan a gusto de estar un rato entre paisanos y de poder hablar de España y de Sevilla, que nos invitó a todos los que íbamos, a tomar un café en la terraza de una cafetería. Estuvimos hablando con él sobre la guerra y sobre lo que había pasado con los españoles que no tuvieron más remedio que emprender el camino del exilio. Cuando se marchó el *pruniego*, pagó los cafés y se despidió afectuosamente de nosotros, y

cuando a nosotros nos pareció, nos levantamos de la mesa y nos fuimos a dar una vuelta por una feria que había instalada en una zona cercana a donde estábamos. Cuál no fue nuestra sorpresa y más todavía nuestro susto, cuando vinieron los gendarmes a buscarnos porque según la dueña de la cafetería nos habíamos ido sin pagar los cafés. Nosotros intentamos como pudimos explicar que nos había convidado un paisano nuestro residente en el pueblo, pero todo intento de explicación fue imposible y nos obligaron a volver al café donde habíamos estado antes. Allí la dueña se dio medio cuenta de su error pero, no obstante, llamó al *pruniego* y hasta que él no llegó y aseguró que había pagado los cafés, permanecimos detenidos en el establecimiento sin podernos mover. Lo peor fue la vergüenza que pasamos ante la gente que estaba allí y que nos miraba con desprecio como si hubiésemos cometido una fechoría. Si recuerdo este hecho es porque me vienen a la memoria los sufrimientos que pasaron muchos de los españoles que se instalaron en Francia al terminar la guerra y que de alguna manera también padecimos aunque en menor grado los que fuimos a trabajar allí en los años de la emigración, porque el recelo contra los españoles era algo que masticabas nada más pisar suelo francés.

2.2. EL ENCUENTRO CON LA BARCELONA PUNTERA DE LOS AÑOS SESENTA

¿Por qué Barcelona?

Estando de nuevo en La Puebla, después de la temporada en Francia, empezó a rondar

por mi cabeza la idea de irme a donde fuese porque en el pueblo no había trabajo ni tenía pinta de que lo hubiese en mucho tiempo. El primer pensamiento que me vino a la mente fue marcharme a Alemania porque allí tenía un amigo y sus padres contaban que se ganaba muy bien la vida. Pero por otro lado, mi hermano Paco ya estaba en Barcelona desde 1962, así que no sabía muy bien por dónde tirar si para Alemania o para Barcelona. A esta ciudad, mi hermano se marchó con un compañero de la mili, de cuando estaban juntos en *Sidi Ifni*, en el Sahara, y yo estaba un poco confuso porque por un lado tiraba lo de Alemania en dónde decían se ganaba mucho dinero y por otro estaba Barcelona en la que mi hermano ya estaba instalado. La razón ganó a la tentación de ganar más dinero y nos vinimos toda la familia directita para l'Hospitalet el 12 de octubre de 1964, el Día de la Hispanidad o día de la raza que era como llamaba entonces a ese día.

De los preparativos de ese viaje en ple- nos años sesenta recuerdo, y no por casuali- dad, una anécdota que pensamos que sólo nos había sucedido a nosotros pero que des- pués comprendí que fue una situación muy frecuente que se daba entre la gente que abandonábamos nuestra tierra para instalar- nos en las grandes ciudades como Madrid, Bil- bao o Barcelona. Ya lo teníamos todo prepa- rado para venirnos a Barcelona y nos pasó algo que en los pueblos solía ser habitual cuan- do alguno se marchaba a una ciudad: que toda la gente que conocíamos se enteró de que nos marchábamos para Catalunya, y la verdad es que mi madre como todas supongo, no se cortó un pelo en decir a aquellos que tenían parientes en Barcelona que si querían mandar alguna cosa a los suyos que nosotros nos ofre-

cíamos a llevársela. Así que, cuando llegó el momento de salir de La Puebla, teníamos tan- tos regalos y paquetes amontonados para lle- var a los paisanos de parte de sus familias que los nuestros propios se quedaron en casi nada, en una ridiculez.

Cuando llegamos a Sevilla y facturamos los múltiples paquetes de prácticamente la mayoría de las familias del pueblo, tuvimos que pagar una cantidad extra de la que no me acuerdo muy bien, pero que creo que supe- raba las mil pesetas, por el equipaje en exceso que llevábamos y que no era precisamente nuestro, sino del gran *puñado* de vecinos que nos lo habían *endosao* para su gente. El caso fue bastante curioso como mínimo para noso- tros, que nos quedamos prácticamente sin di- nero para el resto del viaje. Pero, en fin, así eran las cosas y nosotros no las íbamos a cambiar.

El trayecto del sevillano camino de la ciu- dad condal

El viaje en tren fue muy largo, largo no, interminable y pesadísimo, con aquellos vago- nes de madera tan duros y creo hasta llenos de chinches. No tuvimos más remedio que aguantar como todo el mundo que se em- barca en una empresa de esta guisa. Hacer ese trayecto en tren y en aquellos años fue todo un sufrimiento para nosotros, ya que durante todo el recorrido no nos atrevimos ni tan si- quiera a bajarnos del tren en ninguna de las miles de estaciones en las que paraba, o al menos eso nos pareció a nosotros, y no sólo porque no sabíamos el tiempo que iba a estar detenido en cada una de ellas, sino por el miedo que nos embargaba de que fuésemos a perderlo y quedarnos solos en una estación

de la que no sabíamos ni en qué provincia se encontraba. Te morías de ganas de estirar las piernas un rato, pero con el susto que uno llevaba en el cuerpo te limitabas a ver el exterior por las ventanillas y esperar con rabia los 20, 30 o incluso más de una hora que en algunas de aquellas estaciones estuvo parado el tren a la espera de que le indicaran la salida y emprender de nuevo la marcha. Con todo, lo peor fue cuando llegamos a Alcázar de San Juan, que en esta ocasión sí que nos enteramos que estaba en la provincia de Ciudad Real. Serían sobre las cinco de la madrugada y ya veníamos muertos de hambre y de sed y necesitábamos comer y beber lo que fuese porque habíamos salido de Sevilla a las tres del mediodía y como no habíamos abandonado el tren ni un solo minuto, habíamos dado fin a la comida que llevábamos preparada del pueblo.

Así que como nos habían avisado del tiempo de parada en esa estación y como nosotros nos convencimos de que había el suficiente como para bajar del tren y comprar alguna cosa, además de comprobar que todo el mundo lo hacía, pues nosotros también bajamos. En el vestíbulo de la estación había un bar grandioso, y además se podía tomar café a aquellas horas, lo que nos resultó de lo más tentador pero, claro, no fue tan sencillo como en un principio imaginamos. Creo que bajó todo el mundo del tren, vamos que se quedó vacío, y todos a la vez queriendo tomar café y comprar comida, todo el mundo al mismo tiempo. Aquello fue una verdadera locura, no solamente nos costó una barbaridad poder llegar al mostrador por los miles de empujones y pisotazos que ibas recibiendo por todos los costados, sino que una vez alcanzada la meta del mostrador no era el final de la locura, porque lograr que los pocos camareros

que servían te oyesen, te entendiesen y te sirviesen lo que realmente habías pedido, se antojaba como imposible. Además del nerviosismo que teníamos metido en el cuerpo desde que salimos de Sevilla, por temor a perder el tren y quedarnos colgados en cualquier lugar del mundo. La verdad es que fue muy desagradable, tanto, que todavía lo recuerdo. Cuando ya comimos un poco y nos serenamos porque no habíamos perdido el tren, debo admitir que el resto del camino, a mí en concreto, se me hizo más llevadero. No sé con exactitud cuánto duró aquel viaje pero pienso que fueron unas veintidós o veinticuatro horas, casi un día entero.

A mediados de los años sesenta Barcelona despuntaba como ninguna otra ciudad de España. No sólo era un polo de atracción para familias de otros lugares en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida, sino que además sobresalía como un centro urbano en el que todo estaba en ebullición, desde lo laboral hasta lo vecinal, pasando por los estudiantes, los artistas, el deporte, etc. Todo esto yo no lo sabía ni cuando decidí junto con mi familia trasladarme a Barcelona, ni de recién llegado. Lo cierto es que a mí me deslumbraba la ciudad, era lo nunca visto ni conocido y esa sensación, a la vez que me atraía, me producía un miedo desconocido.

Había oído hablar del Paralelo y del Barrio Chino de Barcelona y que en estos lugares podías ver actuaciones con lo más grande que había entonces en el mundo del espectáculo y por supuesto de flamenco, pero una cosa eran las habladurías y otra muy distinta verlo con tus propios ojos. Ahora, y después de los años, he comprendido porqué se llegó a escribir en un periódico del que no recuerdo ni su nombre, ni a su autor, aquello de que “*el Paralelo*

fue para las generaciones de la posguerra un espacio de libertad”, porque los contrastes sociales que ofrecía esta ciudad en casi todos sus aspectos daba lugar a que dentro de ella se instalaran gentes, tanto de procedencia como de pensamiento, muy diferentes¹⁰. En la Barcelona en la que yo aterricé te podías encontrar —y de hecho me encontré— a personas aficionadas al flamenco, a las carreras de galgos, a los toros, al cine, a la opera, al circo y... a prácticamente todo. Mi amigo Paco Hidalgo, en un libro que escribió sobre Sebastià Gasch¹¹ y su relación con la Barcelona flamenca de los años veinte, mencionaba la importancia que tenía el arte flamenco en los espectáculos de aquella época y la cantidad de bares, tabernas, colmados y cafés distribuidos por las Ramblas, el Barrio Chino y el Paral·lel, en los que habitualmente se escuchaba flamenco por de-

10. A finales del siglo XIX y principios del XX, Barcelona presentaba fuertes contrastes sociales e importantes desigualdades entre sus ciudadanos que afectaban también a la distribución y ordenación de sus espacios de ocio. A medida que se fue industrializando la ciudad y urbanizando su término municipal, la reordenación de l'Eixample condujo a que los espectáculos ambulantes que se celebraban alrededor de la plaza Catalunya y en el paseo de Gràcia se desplazaran hacia la nueva calle de Marqués del Duero, inaugurada oficialmente en el año 1894 y conocida popularmente como el Paral·lel. De esta manera se aseguraba la consolidación del paseo de Gràcia como el lugar de más prestigio de Barcelona, en donde estaba asentada la burguesía de la ciudad y se distanciaban aquellas manifestaciones culturales asociadas a las clases populares, ubicándolas como alternativa periférica en la otra gran vía abierta en la ciudad y fuera de sus antiguas murallas. El Paral·lel se convirtió en la zona de diversión y de ocio por antonomasia de la gran Barcelona de principios del siglo XX.

11. HIDALGO, Francisco. *Sebastià Gasch: el Flamenco y Barcelona*. Ed. Carena (Barcelona 1998).

recho, igual o mejor que en muchos otros sitios de Andalucía. Llega incluso a afirmar que esta etapa fue decisiva para el desarrollo posterior del flamenco no solamente en Catalunya sino también en Andalucía.

Sindicalista en Coberó

El primer trabajo que tuve fue en una obra en Pueblo Nuevo y al mes de estar en la obra estuve a punto de matarme, porque se rompió el andamio en el que estaba montado a 15 metros de altura, y fue tan grande el susto que en aquel mismo momento me vine para casa y dejé la obra de inmediato, así que me quedé sin trabajo en la gran Barcelona recién estrenadita para mí. No tuve más remedio que irme a contactar con los prestamistas de la plaza de Urquinaona para buscar trabajo y lo encontré ¡vaya si lo encontré! Esta plaza del centro de Barcelona durante los años sesenta se había convertido en un mercado de mano de obra al aire libre. Allí, cientos de obreros en paro esperaban cada día, casi de madrugada, la llegada de algún contratista que necesitara personal para trabajar en las muchas obras que se ejecutaban entonces en la ciudad y en su área metropolitana o en otros menesteres que requiriesen de mano de obra barata. A mí, después de acudir varios días a primera hora de la mañana a este lugar conocido como en el que se hacía trata de trabajadores, me contrató un empleador o *preufeter* —como se les llamaba— que prestaba sus servicios para el Ayuntamiento de Barcelona y que tenía una cuadrilla de peones para embaldosar los suelos de los locales y de los grandes espacios municipales, y con él estuve un cierto tiempo. Con el prestamista trabajé, pero no estaba asegu-

Carnet de CCOO 1978



rado ni nada, cosa que era lo normal en aquellos años. Y así, hasta que me llamaron en 1965 para trabajar en la Corberó.

Yo en esa época ya tenía familia trabajando en esa fábrica, por lo que no tuve muchas dificultades para enterarme de cuándo necesitaban gente, de modo que me presenté y me contrataron. Aunque también fue una experiencia que costó lo suyo superar porque cuando llegas a una ciudad como Barcelona sólo dispones de las habilidades aprendidas en el trabajo en el campo y en las faenas más duras y menos consideradas de la agricultura, y de pronto te encuentras en una fábrica de electrodomésticos, inmensa y con un montón de cadenas de montaje, que funcionan todas a la vez y que parece que te van a zampar. Con todo, para mí fue un reto que abría un camino nuevo y un mundo desconocido que tenía que asimilar. Todo, sin embargo, tiene su parte buena o al menos así lo creo yo: en la empresa enseguida encontré buenos compañeros, que comprendiendo lo que suponía para mí ese laberinto de naves, pasillos, cintas de montaje, gente, ruido, sirenas, etc., me ayudaron mucho a superar aquellos primeros momentos de inseguridades personales y de despiste, también, en cuanto a las cuestiones sociales y políticas que afectaban a los trabajadores en aquel momento. Estoy hablando de mediados de los años sesenta cuando aterricé en la Corberó y ya se estaba cociendo allí y en muchas

otras empresas de la zona industrial de Barcelona la grandeza que el movimiento obrero iba a tomar en la lucha por las libertades sindicales y también contra la dictadura franquista. La Corberó era una gran empresa con muchos trabajadores y con unas condiciones de trabajo impuestas para que los patronos ganasen mucho a costa de sus empleados, de manera que el germen de la lucha reivindicativa estaba pero que muy bien sembrado cuando yo aparecí por allí.

Si a esta situación de despiste y desorientación en cuanto a mi relación con el mundo laboral, sumo el problema de salud que se me agudizó nada más llegar a Barcelona, no tengo más que decir que desde que salí de La Puebla lo pasé francamente mal. Yo ya venía malo, porque en Andalucía ninguno de nosotros tenía cobertura de la seguridad social y la enfermedad que yo traía, en mi pueblo no me la detectaron. Casi recién llegado, en julio de 1965, ingresé en la Residencia del Valle Hebrón con un quiste hidatídico contagiado probablemente por algún perro o por animales de labor infestados de tenias o de gusanos. Como me dijeron los médicos que me atendieron, lo más probable es que el contagio fuera por contacto con estos animales, por lo que simples lengüetazos o lamidas en las manos o en la cara me transmitieron los huevos de estas larvas a través de la saliva del animal y, una vez contagiado, se me propagó por el cuerpo una

rápida infección parasitaria que me afectó a muchos órganos, principalmente los pulmones. Creo que más o menos esa fue la explicación médica que me dieron. Sin duda, ese quiste fue la causa de que lo pasara tan mal en el año 1965 en relación con todo lo que pudiera hacer. Cuando digo con todo es que era con todo, porque de continuo estaba cansado, me encontraba fatal, no tenía ganas de comer y no podía respirar ni por el día ni por la noche.

A partir del año 1966 las cosas me fueron bastante mejor: cuando volví al trabajo después de recuperarme de la enfermedad, me renovaron el contrato de trabajo porque inicialmente sólo me habían hecho uno para nueve meses y ya se había cumplido, así que mi alegría fue enorme cuando a mi regreso, el 20 de enero de 1966, firmé con la empresa Corberó un nuevo contrato, aunque todavía no era el indefinido.

Cuando regresé al trabajo después de esa enfermedad larga que me mantuvo muchos meses de baja, me llamaron desde la oficina de personal para comunicarme el despido de la empresa. El argumento que me dieron fue que no había cumplido los nueve meses reglamentarios que la empresa exigía para hacerme un contrato indefinido, a lo que contesté *“que si esas eran las normas, no sentía pena porque me despidieran, porque ya me encontraba bien de mi enfermedad, tenía 27 años y estaba seguro que encontraría trabajo en otra empresa”*. Terminada la conversación con los de personal me mandaron al puesto de trabajo que me habían asignado momentáneamente nada más llegar. Cuál no sería mi asombro, cuando al cabo de una hora me llamaron de nuevo para decirme —yo ya estaba convencido de que era para firmar el finiquito— que me hacían un nuevo contrato por

nueve meses más, y que si me portaba bien me harían fijo. Se ve que debí portarme muy bien, porque ya no me llamaron más. Cuando no eres fijo, estás más contenido porque crees que te pueden echar en cualquier momento. Los compañeros que ya llevaban años trabajando en la fábrica me aconsejaron que durante estos nueve meses no me metiera en líos, que ya tendría tiempo de mostrarme reivindicativo cuando fuese fijo, porque cuando en la fábrica había algún movimiento que a la empresa no le gustaba, los primeros en ser despedidos eran los nuevos, los que aún no tenían contrato indefinido, y que lo hacían para dar ejemplo a los futuros trabajadores que pudiesen contratar: vamos, para darse fama de que en la Corberó, quien controlaba y mandaba era la empresa y de que no le tenían ningún miedo ni a los trabajadores ni a sus amenazas.

Así que cuando cumplí el año de trabajo después de la firma del contrato de prueba y no me llamaron, ya comprendí que pertenecía a la plantilla de Corberó, SA, y está claro que cuando ya eres de plantilla las cosas cambian en la forma en que te desenvuelves. Ya no le aguantas tantas cabronadas a los encargados, y empiezas a moverte con más seguridad entre los compañeros que tenían su organización sindical implantada dentro de la empresa. Reconocer que los compañeros con los que tuve la suerte de trabajar se portaron como verdaderos camaradas ha sido algo que siempre ha estado muy presente en mí, ya que gracias a ellos y al hecho de ir señalándome el camino que debía seguir hasta conseguir la estabilidad laboral, fue muy importante en mis años posteriores.

Esta empresa en la que trabajé durante tantos años era muy importante dentro del

sector industrial catalán, porque pertenecía al ramo de los electrodomésticos de gama blanca, y los Corberó, sus propietarios, era una familia muy ligada al sector nacionalista de Catalunya, especialmente al de Barcelona. Cuando entré, era uno de aquellos trabajadores asalariados que veníamos a esta tierra catalana a ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente. Los primeros años fueron difíciles porque tu vida había dado un giro muy grande, venías de trabajar en el campo y te metías en una empresa en la que no conocías a nadie, con un trabajo muy distinto al que estabas habituado en tu pueblo y te perdías nada más comenzar. Rodeado de cadenas de montaje de pistola de aire comprimido que yo no había visto en mi vida y que ni tan siquiera tenía noticias de que existiesen, me fui adaptando como mejor sabía —todo tiene su tiempo—, hasta que lo conseguí. Me fui relacionando más a medida que pasaban los meses con aquellos compañeros que estaban más descontentos con el régimen franquista, ya que a mediados de los años sesenta el movimiento obrero en Catalunya tenía mucho peso y sus formas organizativas y de lucha ejercían una fuerte influencia sobre los trabajadores. Trabajadores, que ya de por sí éramos receptivos y contrarios al régimen, como fue mi caso desde siempre.

Yo de política no estaba muy al día, pero sabía muy bien lo que quería. Para empezar, y como cosa normal dada la situación que había vivido mi familia, debía de estar en contra de la dictadura por principio, porque además los consejos que me daban los que estaban a favor para que me adaptara a una vida sin problemas, no me convencían nada por la sencilla razón de que eran puras mentiras, y de esa manera me fui introduciendo en el movimiento sindical y fui adoptando compromisos

con el sindicato que mejor defendía a los trabajadores y que no era otro que el de Comisiones Obreras. Cuando yo empecé a tomar parte en las luchas reivindicativas de los obreros, era bastante arriesgado participar —y especialmente sobresalir—, porque tenías permanentemente encima la sombra de la policía, del ejército y de los compañeros chivatos que estaban detrás de ti. Si te pillaban haciendo cualquier cosa que creyesen prohibida —que era prácticamente todo—, las cosas se te ponían muy feas, aunque en este aspecto tuve bastante suerte y no tuvieron la oportunidad de echarme el guante, porque en las empresas, los sociales —así se llamaba a la policía secreta— entraban menos a husmear y buscar rojos, como decían, ya que tenían más interés en detener a los dirigentes y reventar los locales en donde hacían reuniones los partidos políticos. Especialmente buscaban a los comunistas, a los del PSUC.

Durante mi periodo en la Corberó tuve bastante fortuna en todos los aspectos: me encontré con muy buenos compañeros de trabajo que me hicieron comprender muchas cosas que en el pueblo y en aquellos años nunca hubiese comprendido tan bien, y cuando se crearon los sindicatos todavía en plena dictadura, yo ya trabajaba con ellos en todo lo que podía. Hay que tener en cuenta que en aquella época no te podías fiar de nadie, cualquier persona que no tuviese un comportamiento como el nuestro y de la que no tuvieses muchas referencias, se convertía en un candidato a *social* o un vendido a la patronal que te delataba sin ningún tipo de contemplaciones. Nunca sabías con quien estabas hablando si no tenías referencias previas, y por este motivo se trabajaba dentro de la organización sindical con mucha cautela, sobre todo

en CC.OO cuando aún era un sindicato clandestino. De esta forma y con todas las antenas puestas, entramos a formar parte en un primer momento del sindicato vertical, que era la única forma de poder reunir a los trabajadores y no moverte en la ilegalidad, hasta que ya en un momento posterior los sindicatos se legalizaron y pudimos desenvolvemos plenamente dentro del sindicato de CC.OO. Todo lo que yo fui como sindicalista se lo debo a CC.OO. Fui más de 20 años delegado de empresa, estuve en dos mandatos en el comité de empresa de la Corberó y fui delegado comarcal, y en relación a otros cargos de mayor compromiso, no los acepté, porque no me veía en ellos.

La Barcelona del bar Los Manueles y de la peña de Rafael Nogales

Solucionado el problema del curro y ganando ya dinero de una forma estable, me moví a buscar aquello que siempre me había gustado y que no era otra cosa que descubrir un ambiente en el que pudiera seguir disfrutando del flamenco. Al principio anduve un poco perdido porque no conocía bien el terreno por donde se movían los aficionados que yo sabía que existían, pero poco a poco fui descubriendo dónde había que buscarlos. Los primeros contactos no fueron en l'Hospitalet, sino en Barcelona, en Barcelona ciudad quiero decir. En aquellos tiempos había un bar muy famoso en Las Ramblas que se llamaba *Los Manueles*, y todos los domingos por la mañana había siempre algún aficionado que se atrevía y empezaba el primero a cantar. A lo mejor costaba un rato que el resto de los presentes le siguiera y se entonaran, pero una vez

que uno empezaba a cantar los demás ya se animaban y teníamos la mañana garantizada con cante para rato. Eran muchos los aficionados de todos los sitios que las mañanas de los domingos iban a *Los Manueles*, ya que se había convertido en el centro de reunión para todos aquellos de los pueblos periféricos de Barcelona como l'Hospitalet, Santa Coloma de Gramenet, Cornellà, y otras muchas ciudades de los alrededores. El bar *Los Manueles* de Las Ramblas era un recinto grande que estaba decorado como estaban los bares antiguos en la Barcelona de la época: tenía un mostrador muy alto de madera, yo lo recuerdo como que estaba forrado de madera y no muy oscura; el bar no tenía escenario y se cantaba en la barra; tampoco había guitarrista fijo, en algunas ocasiones se presentaba alguno, pero no siempre. El ambiente era buenísimo, porque todos, o la gran mayoría, éramos bastante jóvenes y lo que queríamos era divertirnos, y allí lo conseguíamos. A los que más nos gustaba el cante flamenco, si tenías suerte y pillabas una buena reunión, el domingo estaba hecho, pues habría cante. También mantengo en el recuerdo el sabor del vino que bebíamos: era un vino *amontillao* de moriles. Tomábamos media botella negra y nos parecía muy bueno, tal vez por la edad; ahora, cuando recuerdo su sabor ácido, considero que aquello era puro matorras pero, aun así, no pudo con nosotros.

También en Barcelona íbamos a la peña de Rafael Nogales, que si no recuerdo mal estaba en la calle Lepanto. De esta peña no sé mucho porque no la frecuenté lo suficiente como para tener una visión más o menos fiel de lo que representó en el mundo del flamenco de Barcelona, y sobre todo no dispongo de información con la que situarme dentro de ella, aunque sí tengo la imagen de

que era una peña muy grande con dos plantas: en la planta baja estaba el bar donde nos aglomerábamos todos tomando algo antes de que empezara la velada y en el que había un enorme mostrador de mármol, y en la planta de arriba había una amplia sala en donde se encontraba el escenario y a la que se accedía por una escalera muy ancha con una barandilla espectacular. Fue la peña más antigua de Barcelona, por lo que sé, y en ella nos juntábamos una serie de buenos aficionados, yo diría que muy buenos, porque esta peña era muy frecuentada por los gitanos de la Barceloneta, del Somorrostro y de la Mina. No conocí personalmente a Rafael Nogales, pero por las noticias que tengo era un madrileño de gente bien, de familia adinerada. Su padre era médico y su familia quería que él estudiara la carrera de medicina, pero se encaprichó con la guitarra y no quiso estudiar. Fue contratado en Barcelona como guitarrista, me supongo que en algún local musical, y acabó instalándose en la ciudad condal. De Rafael Nogales se ha dicho que como guitarrista era del montón, no tenía nada de especial, pero también se ha dicho que dejó su impronta como buen flamenco, hasta tal punto que su peña, además de ser la primera fundada en Barcelona, fue un referente importante para aquel movimiento de aficionados al flamenco que entonces existía. Mi buen amigo José Mayo me ha ayudado a recuperar y a ampliar lo poco que conservo sobre esta peña.

Estos eran los dos puntos emblemáticos de la ciudad de Barcelona a los que acudíamos los aficionados, casi todos andaluces, a escuchar cante jondo y por derecho, por derecho digo, por el respeto y por la seriedad con la que se cantaba y se escuchaba. Unos lo hacían mejor o mucho mejor que otros pero, en resu-

men, todos partíamos de lo mismo y era que el flamenco nos gustaba de verdad. A la vez que mis andadas por la ciudad condal, fui tomando posición y conociendo los bares en los que se cantaba en l'Hospitalet, además de los dos que ya conocía por mis encuentros con mis paisanos de La Puebla.

2.3. UNA CIUDAD QUE DESPUNTA AL CALOR DE LA IMMIGRACIÓN: L'HOSPITALET DE LLOBREGAT

Buscando a paisanos

Los primeros años en l'Hospitalet en algunos aspectos fueron muy duros, no conocíamos nada de Catalunya, todo nos resultaba nuevo y extraño y comparado con lo que había significado instalarnos en La Puebla al abandonar el Cortijo del Madroñal, se nos antojaba que no tenía punto de comparación. Esta nueva situación no tenía color con lo conocido hasta entonces.

A Catalunya, según la gente estudiosa que ha trabajado sobre los temas de las migraciones en España¹², llegamos, sólo en el período comprendido entre 1951 y 1965 más de un millón de andaluces que nos vimos obliga-

12. ACOSTA SÁNCHEZ, José en *Historia y cultura del pueblo andaluz*; BOTEY, Jaume en *Cinquanta-quatre relats d'immigració*; CAMÓS, Joan en "Coneixement i ús del català a partir de les dades del padró a 1 d'abril de 1986. Immigració i catalanisme"; GREGORY, D.D en *La odisea andaluza*; IBÁÑEZ GAMBERO, Juana en "Asociacionismo andaluz en L'Hospitalet"; PARRAMON HOMES, Clara Carme en *Similituds i diferències. La immigració dels anys seixanta a L'Hospitalet*; ROS HÍJAR, Adela en "La nova etnicitat andaluza a L'Hospitalet", etc.



Un grupo de amigos de la Puebla en l'Hospitalet: Montesino, Kiko de la Pantaleona, El Frasqui, Ildefonso Cabrera, Jesus el Barbero (de izda. a dcha. en pie), Manolo el Alcucero y el Sale grande (agachados)

dos a abandonar nuestros pueblos, cantidad ésta a la que se sumaron muchos miles más en los años posteriores. A mí me ha parecido muy significativo aquello que se dijo de que, fue tan intensa la salida de andaluces, que cabría buscar a Andalucía fuera de ella, fuera de su propio territorio. Aunque no me arrepiento de haber tenido que abandonar La Puebla de Cazalla, es de justicia reconocer que si las condiciones para la gente del campo hubiesen sido otras, es decir, nos hubiesen permitido vivir con dignidad sin tener que sufrir a diario por tener un trozo de pan que echarnos a la boca, la gente no se hubiese marchado de sus pueblos¹³. No he conocido a nadie que alegremente se marchara de su tierra por aquello de cambiar, de conocer cosas nuevas. Todo el

13. "Este desplazamiento de población campesina hacia los centros industrializados se correspondió con la nueva orientación política que en aquella época se impuso en España y que supuso una alteración en las bases económicas y socio-culturales del país, como

mundo me ha dicho de una forma u otra que se vieron obligados a abandonar sus pueblos, sus casas y su gente. Los expertos en estos temas también han afirmado que la intensidad de la llegada de gentes de otros lugares de España a Catalunya, y principalmente a Barcelona, disminuyó a partir de principio de los años ochenta y que fue bajando hasta los años noventa, en los que ya no son españoles los que llegan a Catalunya, sino personas procedentes de otros países, extranjeros latinoamericanos, marroquíes, chinos, de los países del Este... pero éste es ya un terreno en el que no puedo ni debo entrar; primero porque no sé,

consecuencia de la puesta en marcha del Plan de Estabilización de 1959 y de los posteriores Planes de Desarrollo que apostaron por impulsar unas zonas concretas del Estado español en detrimento de otras", en IBÁÑEZ GAMBERO, Juana "Asociacionismo andaluz en L'Hospitalet" *Quaderns d'Estudi* núm. 16: L'Hospitalet ciutat acollidora. Ed. Centre d'Estudis de L'Hospitalet (abril 1999).

y segundo porque lo que pretendo con la escritura de estos recuerdos es recuperar aquellas vivencias compartidas con otras personas, que no quiero que desaparezcan conmigo.

No fue hasta el año 1966 cuando, encontrándome ya bien de salud, comencé a conectar con el mundo del flamenco de l'Hospitalet, y empecé a asistir algunas reuniones esporádicas con mis paisanos de La Puebla que ya se encontraban viviendo en l'Hospitalet. Junto a estos paisanos comenzamos a frecuentar los bares del barrio y comprobamos que en algunos de ellos podíamos echar algún ratito de cante sin que nos mirasen como bichos raros. Teníamos varios bares a donde ir pero casi siempre estábamos en dos, en el bar "Aquí te espero", que se encontraba en la Avenida Masnou y en el bar de Camilo, que se encontraba en la calle Esteban Grau. Teníamos por costumbre juntarnos los domingos por las mañanas, y en estos encuentros hablábamos del pueblo y recordábamos las cosas de cuando estábamos allí, porque la añoranza de La Puebla era todavía muy grande, pesaba mucho y nos sentíamos tristes por todo aquello que habíamos dejado atrás y que no sabíamos si algún día íbamos a recuperar. En aquellos momentos todos estábamos convencidos de que, tarde o temprano, volveríamos a nuestra vida del pueblo. No sabíamos ni cuándo ni cómo, pero albergábamos la esperanza de que esa recuperación llegaría; además, el paso por tierras catalanas tenía que servir para mejorar nuestra situación económica, porque lo que estaba claro era que íbamos a volver pero con más dinero del que habíamos salido que, en definitiva, era ninguno. Aun así y con toda esta pena de por medio por haber dejado nuestro pueblo, a mí Barcelona me gustaba y, sobre todo, l'Hospitalet me gustaba mucho,

porque yo venía de un lugar en donde ni había cines en los que te pudieras hartar de ver películas ni había bailes en los que pudieras bailar tranquilamente con las muchachitas, ya que las *pollitas* salían corriendo como galgos cuando te acercabas a ellas por aquello del *qué dirá la gente mayor*.

Salir corriendo, en La Puebla, se había convertido en una costumbre rural con la que no tenías más remedio que claudicar porque estaba bien vista. A mí no me convencía nada, porque eso de mirar a una muchacha que te gustase y que ésta, si le gustabas, saliese corriendo, era algo antinatural: lo normal hubiese sido que si se gustaban dos jóvenes conversasen para conocerse mejor y no que la muchacha saliese corriendo como si detrás llevase al mismísimo demonio. Para más *inri*, en La Puebla, durante la semana, sólo echaban dos películas, una en el cine Morilla y la otra en el cine Carito, y ahí se acababa toda la programación cinematográfica. Llegas a l'Hospitalet y especialmente a Barcelona en la que hay todo tipo de cine, y cualquier día, y a cualquier hora: ¡cómo no me va a gustar Barcelona; pues claro que sí, y además muchísimo. El cambio fue grandioso, el problema era, entre otras cosas, que no había suficiente dinero para llegar a tantas cosas como aspirabas pero, por lo menos, había dónde escoger.

El bar *La casa de Joaquín* en la calle Alegría también concentraba aficionados los domingos por la mañana y el propio Joaquín era el guitarrista. Los sábados por la noche había poca movida, porque cuando sonaban las doce, acudían allí los municipales para poner orden mandando a todo el mundo a su casa y calladitos sin rechistar. Era, en este bar de Joaquín, donde primeramente se reunían los aficionados de l'Hospitalet los domingos por la

mañana. Era una costumbre extendida entre todos, pasar por allí para ver qué había. Joaquín tocaba la guitarra a su manera y siempre la continuó tocando así; no afinaba demasiado en los tonos, y lo digo con conocimiento de causa, porque más tarde lo contrató el Centro de La Puebla de Cazalla como guitarrista y los aficionados que acudían a sus matinales no se sentían muy a gusto con su toque. Este Centro era uno de los sitios idóneos para aquel al que le gustara cantar sus fandanguitos o sus cantes de ida y vuelta, de forma más liviana que en una peña. Eso, sin embargo, no quitaba que, Joaquín, conociese bien los cantes que se hacían y cómo se debían acompañar. De Joaquín no sabía muchas cosas, sólo que él llevaba el bar y que daba clases de guitarra.

El Bar Flamenco y mis amigos de toda la vida

Recuerdo que, en esa época, fue cuando tomé contacto con el bar más famoso que —con los años— hubo en l’Hospitalet: ese era el bar Flamenco. En él tuve la suerte de conocer a mis amigos de siempre con los que tantos ratos eché, bien hablando, bien escuchando, o bien cantado flamenco y de los que tanto aprendí. El bar Flamenco fue toda una institución dentro del mundo del cante. Estaba ubicado en la calle Mina esquina con la calle Molino de l’Hospitalet: su dueño se llamaba Antonio, aunque no alcanzo a recordar su apellido. Era natural del Saucejo, provincia de Sevilla. El bar lo explotó muchos años, pero no sé exactamente cuándo lo abrió; solo sé que cuando lo dejó, por allí los años 80, se marchó a la zona de Málaga para montar un restaurante.

El Flamenco era un local bastante corriente, sin ninguna particularidad, sin ningún atractivo especial ligado al sentir y al comportamiento de la afición flamenca, ni tan siquiera tenía un buen surtido de tapas. En aquellos años, las tapas brillaban por su ausencia sobre todo para los que andábamos escasos de parné, y nos conformábamos con algunas cervezas y un poco de vino. Los domingos por la mañana era cuando más gente nos juntábamos: era cuando se ponía a tope de buenos aficionados. La gente que solía acudir procedía de muchos lugares, desde Cornellà hasta Santa Coloma de Gramenet; pillaba un radio de influencia bastante amplio.

Uno de los primeros aficionados que conocí en el bar Flamenco fue a Juanillo *El Murcia*, que trabajaba en el puerto de Barcelona y que cantaba para quitarte la respiración. Este hombre había escuchado mucho a Fosforito y cuando cantaba por él era un fuera de serie. Cuando se hartaba de cantar por el Fósforo seguía por otros cantaores, y lo cierto es que los hacía todos bien: tenía mucho gusto cantado y mucho paladar. Yo recuerdo haberlo oído cantar por todos los cantaores conocidos en los años sesenta, y por todos lo hacía magníficamente bien. Juanillo *El Murcia*, en el barrio de La Florida, fue toda una eminencia. Era un hombre que venía mucho por el bar Flamenco, aunque también era muy conocido en los bloques Onésimo Redondo, donde se había criado y donde se concentraba una gran parte de los bares de La Florida. Juanillo *El Murcia* era famosísimo, y cuando se cansaba de cantar flamenco, se cambiaba para cantar las coplas de Raphael que, por cierto, las cantaba estupendamente bien y, si me apuras, mejor que él mismo. Con aquella canción que Raphael hizo tan famosa, “Yo soy *aquel*”, Juanillo se explayaba y merecía la pena

De izquierda a derecha Rafael Villalobo (Candelita), Ildefonso Cabrera y Andrés Márquez, en la Peña Mairena en 1973



pagar por oírsele a él más que al propio artista de Linares. Sé que era un hombre muy bohemio y que tenía una forma muy suya de entender la vida, porque Juan *El Murcia* tenía como máximo un par de horas durante las cuales se le podía escuchar por derecho. Cuando pasaba ese tiempo, Juanillo ya no era el mismo, se cargaba con la bebida que le gustaba más que a un tonto dos palos, y empezaba el otro Juan: el que cantaba por Raphael. No quiero ni criticar ni menospreciar lo que hacía Juanillo, solo manifestar cómo era en realidad, por cierto, además, muy simpático y ocurrente. Cuando se encontraba en ese estado de gracia especial que Dios le había dado, era inigualable y único. Se dice que Juan murió muy joven, de la vida tan ajetreada que llevó.

Mi paso por el bar Flamenco fue una de las vivencias más bonitas y entrañables de las vividas a lo largo de mi existencia. Antonio, el dueño del bar, era la persona más adecuada y capacitada para llevar un bar de esas caracte-

rísticas y, sobre todo, en aquellos años, porque Antonio tenía todas las cualidades para regentar un negocio como ese. Llevaba el bar a la perfección, porque no sólo era un hombre agradable, simpático y generoso con el público, sino que estaba muy bien de compás, como nosotros decíamos: tenía una buena colección discográfica para ir calentando el ambiente antes de que se empezara con el cante en directo, y hasta que se forjara la reunión que llegaría a su máximo con la participación de los aficionados. A veces, la barra estaba llena de aficionados que querían cantar todos al mismo tiempo. Entonces él se encargaba de que todos lo hiciesen, pero con orden, porque desde dentro del mostrador iba diciéndoles a cada uno cuando tenía que cantar y lo mejor de todo era que los cantes se hacían en un ambiente tranquilo y relajado, en el que te encontrabas totalmente a gusto.

Fue aquí cuando verdaderamente entré en contacto con los buenos aficionados de

l'Hospitalet que con el tiempo han sido mis buenos amigos de siempre. Por allí pasaron los hermanos López —aunque con el que más conviví fue con Manuel López—, Ramón *el Cumbreño*, *el Melli*, Miguel Correa, Andrés Márquez, El Niño de Puente Genil, más tarde conocido como Jiménez Rejano, Currito Torres, Juanillo Calzado... Cuando me pongo a pensar en aquellos tiempos, la verdad es que se me remueven mucho las emociones y siento una pena muy grande, no por nada, porque esta etapa significó mucho para mí. Principalmente, porque muchos de los que he nombrado ya no están: unos han muerto, otros han vuelto a su tierra, y los que quedamos del l'Hospitalet de aquella época ya no nos vemos casi nunca. Nos hemos hecho mayores, y las circunstancias que se han dado para la mayoría de los que aún vivimos aquí, nos han llevado a que ya no frecuentemos las peñas como antes: ahora sólo vamos a las que tenemos más cerca de casa, no como antes, que las recorríamos todas sin importarnos que estuviesen en Cornellà, Sant Boi, Sant Feliu, Rubí, El Papiol o Santa Coloma.

En las peñas aprendí mucho, y no sólo conocimientos para mejorar mi cante, cosa que hice, sino descubrir cómo se comportaba la gente, vamos, la forma que tenía de saber estar en los diferentes sitios que se iban improvisando si de lo que se trataba era de escuchar buen flamenco. Muchos de estos amigos ya lo sabían, porque cuando yo aterricé por el mundo del flamenco en l'Hospitalet, había quien ya llevaba muchos años deambulando por él.

Sentir, sentir, siento un cariño muy especial por todos ellos. Manuel López me enseñó muchísimo desde que contacté con él. Manolo, por entonces ya tenía una buena disco-

grafía y de ella me grabó muchos cantes para que yo fuera aprendiendo cómo se ejecutaban en sus múltiples variantes. Que si las diferentes formas de malagueñas, que si las soleás personales o los estilos locales, que si los cantes que habían entrado en desuso como los romances, las cañas o las livianas, que... De Ramón *El Cumbreño* aprendí de su gitanismo vivo, espontáneo y elegante, de su comportamiento y del señorío con el que transmitía su saber. Debo reconocer que en eso era único, no había nadie que lo pudiese superar. De Juanillo Calzado aprendí sus fandangos de Lucena ¡maravillosos fandangos! porque yo aún no conocía ese tipo de cante *abandolao*. Cuando los escuché por primera vez comprendí mejor la grandeza del flamenco; especialmente, porque era capaz de albergar junto a cantes tan sobrios como las siguiriyas o las tonás, esas otras formas tan abiertamente rítmicas, no tan sujetas a la rigidez que marca el compás en aquellos otros palos. De Andrés Márquez me queda su forma tan especial de hacer los cantes de Fosforito que lo convertían en un personaje imprescindible en nuestros encuentros, para oír y cantar flamenco.

Así que de esa manera fui aprendiendo un poco de cada uno de ellos. Podría decir que en conjunto formaron la mejor escuela a la que yo podía acceder, y en el sentido amplio de lo que yo entiendo por escuela, ya que en ella encontré casi todo aquello que desconocía del cante y que ansiaba conocer, además de educarme en los hábitos de su estudio en el que yo no andaba muy sobrao. Sobre todo, porque tengo el sentimiento de que entre todos formábamos una gran familia de amigos. Hay tantos paisanos y no paisanos, aficionados y muchos otros que no puedo dejar de recordar cuando entro en esta etapa de mi

vida... A todos los quiero nombrar e irán saliendo a lo largo de estas páginas que tanto me están costando escribir, sobre todo porque creo que con su contenido hago un homenaje a todas estas personas que contribuyeron a levantar la ciudad flamenca que hoy es l'Hospitalet de Llobregat.

La Florida, sus bares, el cine Navarra

También estaba en La Florida el bar de Félix. Aunque su propietario no fuera andaluz sino madrileño, tenía muy buena mano para el cante y era un buen conocedor del flamenco; por eso en su bar también se oía mucho cante. Le pasaba lo mismo que a Antonio el del bar Flamenco, que tenía una buena colección de discos y los ponía al servicio de los clientes. Este bar era muy pequeño y cabía poca gente. Cuando nos juntábamos 10 ó 12 personas el bar ya estaba a tope, pero con todo nos gustaba frecuentarlo, sobre todo por los discos que ponía su dueño. Por eso, cuando queríamos escuchar algo especial o alguna cosa nueva, no dudábamos en ir al bar de Félix, porque sabíamos que lo tenía. Félix, con sus discos, era como todo aquél que tiene algo que le gusta muchísimo y lo cuida con esmero. De ahí que tuviera los discos impecables, nuevecitos y con brillo. Además, los discos los ponía siempre él: no delegaba en nadie esa tarea; dejaba lo que estaba haciendo y ponía el disco que tocara con la solemnidad propia de una gran ceremonia. Si en el bar nos encontrábamos pocos, pues se escuchaba mejor, pero si el bar se llenaba de aficionados ya no se escuchaba tan bien porque, quieras o no, siempre había más ruido. Lo más importante era que siempre escuchábamos los cantes que quería-

mos y, una vez escuchados, se entraba en la discusión sobre ellos y empezaba el pequeño careo entre los presentes sobre si lo hacía mejor menganito o peor fulanito.

En aquellos años se estilaban mucho todavía las compañías que iban de gira por toda España y, a l'Hospitalet, las *tournés* venían al cine Navarra que estaba en Pubilla Casas y que creo que era de los Balañá, los mismos que regentaban la plaza de toros de la Monumental y algunos de los cines de Barcelona. Con estas compañías, a veces venían buenos cantaores. Yo, en el cine Navarra, he visto y he oído a Pepe Pinto, Pepe Aznarcollar, la Paquera de Jerez, Juanito Valderrama, Juan Varea, *El Sevillano*, *Fosforito* y estoy seguro que a muchos otros, lo que pasa es que después de tantos años ya la memoria me falla y no consigo recordarlo todo. De lo que sí estoy seguro es de que venían una o dos veces al año, y que así estuvimos bastante tiempo a la espera de que con las compañías contratadas vinieran los artistas más consagrados del flamenco. Nunca era igual el cartel de profesionales: cada año venía un artista invitado diferente con la compañía de Juanito Valderrama, Pepe Pinto o con la de cualquier otro. De esa forma, aunque fuésemos a ver la misma compañía, siempre nos encontrábamos con alguien interesante que no había actuado la vez anterior.